

Año I.

Domingo 23 de Diciembre de 1883.

Núm. 8.º



EGIPTO.—CANJE DE PRISIONEROS EN EL SUDAN

NUMERO SUELTO, 10 CENTIMOS.—SE MESTRE, 3 PESETAS

SOLDADO, 1, DUPLICADO

SUMARIO

TEXTO.—De lunes á sábado, *Eduardo de Palacio*.—Nuestros grabados, *Querubín de la Ronda*.—Cuadro de Navidad, *Julio Burell*.—Un escándalo parisiense.—Victor Hugo en Jersey, *Julio Clarete*.—Los animales como doctores (conclusion)—Sección científica, *Doctor Hermes*.—De todo un poco, *Tarfe*.

GRABADOS.—En Egipto.—Causa de prisioneros.—El antiguo Egipto.—Ruina de Menfis.—Noche-Buena.—Sarah Bernhardt.—El 9 de Thermidor.—Picciola.

DE LUNES A SABADO

La Conciliación y *El Capitan Centellas* han sido los dos estrenos últimos: ó mejor dicho, una *reprise* y un estreno.

El *Capitan* dará mejores resultados que la otra, segun opinan las gentes ilustradas en ambas materias.

Juan José Herranz y los maestros Caballero y Almagro han conseguido aplausos por su *Capitan*.

Los Sres. Sagasta, Pío y demás no han logrado aún que los llamen á escena.

Después de esto, nada ha ocurrido más que la reconciliación, y así sucesivamente y vice.

Digo que nada más, porque *eso* del susto que dieron á *ese*, en la plaza de Bilbao esquina á *esa* calle de *ese* San Bartolomé, *esos* tres caballeros transeúntes, no se sabe más que *eso* que han dicho los periódicos de noticias *inclusivas*.

El asaltado se retiraba de la redacción de un periódico, y los tres señores desconocidos no se retiraban aún, por lo que se dice.

El diario donde he leído la noticia, añade, á manera de comentario:

«No se vió en el lugar de la ocurrencia ningún sereno ni agente de orden público.»

Pide más gollerías, apreciable colega, pide más.

¿Pues qué, las personas que andan solas por Madrid, en las altas horas de la noche, merecen que las autoridades se ocupen en su protección y defensa?

¿Quiénes más que los hombres de vida *aira*, da y las mujeres de vida *aireada* transitan por esta capital en ciertas horas?

¿Quiénes más que ellos y nosotros, los periodistas, gente *de nuestro* baldía y vagabunda, se atreven á trabajar durante la noche y á retirarse á su domicilio, comprometiendo con imprudencia temeraria á los pacíficos representantes de la autoridad?

¿Y aún pedis que os protejan, que velen por vuestra respectiva piel, esos monolitos con funda que adornan las puertas buscando un refugio contra el viento del Guadarrama?

¿Y aún reclamais apoyo de los representantes de la autoridad, y buscáis serenos allí donde no suele haberlos, y lamentais su falta?

¿Con qué derecho, gentes nocturnas y trasnuchadoras, pedís todo eso?

¿Pues qué, los gobiernos, los dependientes de las autoridades, los Cuerpos Colegisladores y aún los concejales mismos han de hallarse dotados del movimiento continuo?

¿Han de gobernar, administrar, municipalizar y hacer justicia á todas horas, sin dar tregua á sus penosas tareas, lo mismo durante la noche que durante el día?

¿Cuándo habeis visto, dónde habeis leído que la máquina gubernamental funcionase sin detenerse, en noche y en día, sin grave exposición de descomponerse?

¿Qué os inspiran temor ciertas sombras chinescas que hallais en vuestro camino, cuando os retirais á vuestros hogares?

Pues recogeos entre dos luces y no trasnuchéis.

¿Que buscáis guardias de orden público y andan escasos, cuando andan?

Buscadlos bien y ya dareis con ellos en las prevenciones de los distritos y ocupados en servicios especiales, porque parece que se piensa en declarar el de orden público, facultativo.

¿Qué no hallais al pronto al sereno?

Buscadle bien; buñolerías y otras sucursales de la Academia de la lengua hay en el distrito, y allí podreis encontrar sereno ó abrigo.

No pidais imposibles; todos los hombres somos débiles mortales.

Y en último caso, compañeros en veladas y fatigas, acordáos de los derechos impermeables ó ilegislables, ó como los llamen los profesores

en la asignatura; acordáos y apelad al revólver individual, al estoque del orden ó á la navaja de las familias.

Por lo demás, el caso que refiere nuestro colega se explica fácilmente por cualquiera representante de la autoridad civil.

Los tres individuos que acometieron al transeunte, en la plaza de Bilbao, eran, según el suelto, tres desconocidos.

Pues ahí está la explicación: que hubieran sido amigos íntimos del acometido, y de seguro nada sucede.

Es lo que se observa cuando un carruaje atropella á un confiado peon: como el caballo ó los caballos conozcan á la persona andante y la persona andante deje pasar al ganado y al carruaje, no hay cuidado de que se vea atropellada. Pero nadie se contenta con su suerte.

Trescientas familias *semiticas*, ó de judíos, como vulgarmente los denominan el país, solicitan ahora del municipio de Madrid autorización para establecer un matadero de reses al estilo de su religión, puesto que como hoy se las ejecuta, no son comestibles para los judíos escrupulosos de (conciencia).

¡Trescientas familias de judíos en Madrid! ¿Quién hubiera creído en tanto desarrollo?

—Para que se hubiesen permitido crecer y multiplicarse en mi tiempo!—exclamaba indignado un respetable anciano que aborrece á los rabinos.

Hace algunos años no se encontraba un judío para un remedio; ahora, el que no lo es está en vísperas.

Consecuencias del trato frecuente y de la facilidad de comunicaciones.

Un eminente escritor que «ha muerto últimamente» como diría algún noticiero, y por desgracia para las letras españolas, almorzaba cierto día, según costumbre, con un su primo, persona importante.

Participaban del almuerzo en clase de comensales, dos banqueros judíos; y como el literato no fuera muy escrupuloso en sus formas, había colocado los pies sobre un palo de la silla que ocupaba.

Al verle encogido y en aquella actitud, le dijo en voz baja un pariente:

Hombre, colócate en otra postura, que hay personas extrañas...

El escritor respondió:

¡Me gusta, hombre! ¡Después de que estoy así, para no pisar los rabos á esos señores!

▲ propósito; á última hora no se habla más que de la Conciliación.

EDUARDO DE PALACIO.

NUESTROS GRABADOS

En Egipto.—Canje de prisioneros.

En la terrible guerra del Sudan, calificó el gobierno egipcio de insurrectos á los partidarios del Madhi. Pero el falso profeta, derrota ejércitos, hace prisioneros, avanza, logra adeptos, y el gobierno del Cáiro trata y hace canjes de prisioneros.

Uno de ellos representamos en nuestro grabado.

Un jefe del Sudan con los pintorescos atavíos que parecen de guerreros afganes ó de caballeros de la invasión germana, conduce á los vencidos egipcios.

En frente, se vé á un oficial inglés que manda las fuerzas regulares.

El dibujo está tomado sobre el terreno, por lo que excusamos alabar su exactitud.

Ruinas de Memphis.

De las ciudades más famosas entre los egipcios, Memphis era la residencia del sacerdocio; la ciudad de las cien puertas, de los misterios, de las maravillas del arte.

Los restos que han estudiado sábios egiptólogos, unos se conservan, otros fueron trasladados al Museo de Bulac en el Cáiro, formado por el ilustre Mariete Bey.

Picciola por Saintine.

El grabado, pertenece á una preciosa novela editada por los Sres. Gaspar.

Picciola, es un episodio interesantísimo de la Revolución francesa, que se lee con gusto por la brillantez del estilo y por lo conmovedor de la fábula.

El 9 de Termidor.

Robespierre, había perdido su prestigio en la Convención.

La montaña le atacaba, recordándole la muerte de Danton.

La llanura cobarde, al verlo caído lo abandonaba.

El infame Barrere, que llevaba en el bolsillo un discurso defendiéndole y otro atacándole, leyó su acusación.

Fué entonces condenado y preso.

El ayuntamiento de París y las secciones armadas lo libertaron, proclamando la insurrección.

Esta fué la ruina del terrorista.



LIBROS NUEVOS.—PICCIOLA



EL ANTIGUO EGIPTO.—MEMPHIS

Los convencionales no hallaban tribunal que lo condenase; pero con pretexto de la insurrección, una vez vencido, lo guillotinaron con Saint Just, con su hermano, con los demás terroristas.

Al saberse vencido Robespierre, disparóse un pistoletazo, y tendido en una roca, sirvió de escarnio á los convencionales hasta que lo condujeron al patíbulo.

Sarah Bernhardt.

(Véase el artículo «Un escándalo parisien».)

Noche-buena.

(Véase el artículo de este título.)

QUERUBIN DE LA RONDA.

CUADRO DE NAVIDAD

CARTA Á UNA MUJER

¿Lo ves?

Es un cuadro risueño: el hogar, la casa, la vida, iluminados por una mujer.

El hogar, la casa, la vida, alegre; con la alegría de la felicidad sencilla, por una mujer amada...

Es la Noche-buena. Las copas esperan sobre la mesa; alrededor todo es bello, todo respira tranquilidad, bienestar, dulzura...

Pronto llegará el joven esposo; también alegre, también amante—llegará y dejará un beso en aquella frente serena; después irán llegando á su vez los padres, los amigos, escasos, pero buenos y cariñosos; luego se hablará algo nerviosamente, con chispa, con *sprit*, con la verbosidad del amor que habla para el amor mismo...

Se hablará, se reirá, se loqueará honestamente hasta que el sueño plegue los labios y bañe en grata sombra las lucientes pupilas.

Mirando ese cuadro, he sentido en el alma una gran pena; y si mis ojos estuvieran acostumbrados á llorar, habría llorado ante esos reflejos de amor, de alegría, de dicha.

¿Sabes por qué?

Yo te he imaginado así en un hogar—breve, pero hermoso—todo tuyo, todo mío; lleno por nuestras almas, iluminado por nuestro cariño, y ¡ay! la ilusión se ha deshecho; el soñado idilio se ha roto...

Sé que nuestro Cuadro de Navidad no lo veremos nunca.

J. B.

UN ESCÁNDALO PARISIEN

Sarah Bernhardt es una de esas figuras que no pueden permanecer mucho tiempo sin que el mundo cometa algún acto estrepitoso que provoque la curiosidad general.

Hace dos años se separó de la comedia francesa huyendo al extranjero. El escándalo fué enorme.

Poco después se casó con un griego, Mr. Damala, en circunstancias tan novelescas que los periódicos llenaron columnas y columnas relatando el proceso de aquellos amores.

Más tarde se peleó con su marido y la prensa europea reprodujo los menores incidentes de la ruptura.

Por último vendió sus joyas y sus autógrafos y ahora acaba de promover un escándalo mayúsculo, el 7.000 de la serie, el primero por lo que dará que decir.

Entre las actrices famosas de París, figura en segundo término, por lo que se refiere al mérito artístico, pero en primero por las excentricidades Maria Colombier.

La señorita Colombier, que pasó hace tiempo de los treinta años y que ha ido ganando en volumen lo que ha perdido en belleza, se consuela de su forzosa ausencia de la escena, escribiendo libros y folletines.

Posee un estilo ligero, algo de ingenio; su trato frecuente é íntimo con escritores la ha dado cierta experiencia y ha publicado alguna obra de éxito.

Cuando Sarah Bernhardt hizo su famoso viaje á los Estados-Unidos, llevó con ella de segunda á Maria Colombier, que era entonces muy amiga suya.

Maria publicó en un volumen que le valió algún dinero las impresiones de este viaje. Arsene Husaye escribió el prólogo.

La obra se titulaba *Sarah Bernhardt en América*, y en ella se veía á vuelta de elogios, que Sarah no inspiraba á su segunda muchas simpatías, y la sátira asomaba siempre que podía entre las páginas del libro.

Después de este viaje á los Estados-Unidos no debieron quedar en muy buenas relaciones las dos actrices; pero no se había vuelto á hablar nada de ellas hasta ahora.

Maria Colombier ha vuelto á escribir un libro en que la protagonista es Sarah. Un libro abominable dice el *Figaro*, de París, que no se asusta por poco, y que nadie debe leer.

El prólogo del libro le escribió Mr. Paul Bonnetain, y Mr. Octave Mirbeau escribió contra la obra un artículo muy duro, que dió por resultado un duelo entre el protagonista y el crítico.

El primero recibió dos ligeras heridas y aquí hubiera terminado el suceso si el duelo comenzado entre hombres no hubiera continuado entre mujeres.

Sarah Bernhardt, ofendida por el libro de su antigua compañera, se fué á casa del comisario de policía á ver si podía impedir la venta. El comisario la contestó que lo único que podía hacer era entablar un proceso y si la sentencia le era favorable, él impediría la venta.

El procedimiento debió parecer largo y enojoso á la famosa actriz, que volvió á su casa, cogió un látigo de montar y decidida á tomar la venganza por su mano, se fué á casa de la autora del libro.

Dió un empujón al criado que salió á abrirla, y entrando precipitadamente en el gabinete donde estaba la Colombier con algunas visitas, se lanzó sobre ella, cruzándole la cara á latigazos, que acompañaba con los más fuertes epítetos.

Los que estaban en la habitación intentaron contener á Sarah, que se defendía furiosa; la Colombier apeló á la fuga, perseguida por su apaleadora, que cuando no la alcanzaba con el latiguillo, tiraba los muebles, rompía los espejos, los cuadros, las figurillas de porcelana, todo cuanto se ponía al alcance de su mano.

Maria Colombier huyó por una puerta del servicio y su perseguidora fué al fin sujeta.

El hijo de Sarah y alguno de sus amigos que la habían seguido, llegaron cuando los que estaban de visita con Mlle. Colombier habían logrado sujetar á la primera.

Mauricio creyó que pegaban á su madre; se lanzó furioso sobre los que la detenían; sus amigos le ayudaron, y los otros se defendieron, y resultaron dos nuevos desafíos.

Cuando Sarah Bernhardt, un poco más tranquila, salía de casa de su enemiga, se detuvo delante del portero, y dándole el látigo que llevaba todavía.

—Tomad, le dijo, me le había regalado el general Canrobert; pero quiero dejárselo á Mlle. Colombier como recuerdo.

Una hora más tarde, Sarah ensayaba tranquilamente *Mana-Sahib* en el teatro de la Puerta de San Martín.

Dentro de unos días todos los periódicos ilustrados publicarán representaciones gráficas de los detalles de estas escenas.

Nosotros por de pronto publicamos un retrato de la ilustre actriz.

Recuerdos de Víctor Hugo en Jersey.

La isla de Jersey es todos los años, durante el verano, concurrida por multitud de gente foras-

tera, que acude allí como un ejército de turistas á disfrutar de las saludables brisas marinas y del aspecto bravío de la naturaleza.

Aquel pintoresco y admirable trozo de tierra, con sus rocas cortadas á pico, sus cavernas; sus grutas, sus montañas graníticas, sus amenos campos y sus prados floridos, tiene todo el encanto que tan gráficamente fué descrito por Víctor Hugo en su tomo de las *Contemplaciones*.

Para los franceses ha tenido la isla de Jersey en varias ocasiones una importancia singular.

Antes de que Víctor Hugo la habitara y escribiera en ella contra Napoleón III *Los castigos*, ya el primer Bonaparte había recibido los venenosos dardos que sus enemigos emigrados le enviaban desde aquella isla.

La *Gaceta de Jersey* publicaba constantemente sueltos por el estilo:

«El bandido de Córcega ha vuelto á París y se ha presentado en el teatro con su digna esposa, la cual equivale por sí sola á todo un serrallo, para el sultán Bounaberdi.»

O este otro:

«Dícese que el Corso no tiene valor alguno; que las victorias que ha alcanzado son debidas á sus oficiales, que su génio militar es, como su mujer, la propiedad de otros.»

Estas injurias á Josefina y el ridículo que los emigrados hacían caer sobre su amor propio de marido, irritaban al emperador extraordinariamente.

—¡Jersey es la mengua y el bochorno de Inglaterra!—decía.—Todos sus habitantes son bandidos y asesinos.

Frases parecidas á ésta fueron un día pronunciadas por el emperador en una recepción oficial, ante lord Whitmonth, embajador de Inglaterra, el cual pidió inmediatamente sus pasaportes.

La paz de Amiens estaba rota, y la isla de Jersey fué tal vez causa de que Napoleón fuese á morir en la isla de Santa Elena.

Uno de los mayores atractivos que hoy tiene la isla de Jersey, es el recuerdo de Víctor Hugo.

En George-Town, junto al ferro-carril que á lo largo de la playa hace cada hora el trayecto entre Saint-Heller y Gorez, y á dos pasos del Casino recientemente abierto, donde por la tarde la orquesta de M. Auway ejecuta melodías húngaras y polkas francesas, encuéntrase cerca de una quinta bautizada con el nombre de *Madeleine Cottage* dos casas, divididas por una valla, según la moda inglesa, que se parecen como los dos cotiledones de una semilla y ostentan en su frontón común la fecha de su construcción: 1840. Es *Marine-Terrace* una de estas casas; lleva el número 4 y la otra el número 3. Esta es la más



EL 9 DE TERMIDOR

Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

inmediata á Saint-Heller. Casa de sencillo aspecto, cuyas paredes están cubiertas de una capa de color de café con leche y en las que se ven varias ventanas verdes.

Allí es donde Victor Hugo, desterrado, fué á buscar un refugio al salir de París y de Bruselas despues del golpe de Estado de Diciembre. Allí fué donde escribió los *Castigos*.

La casa de *Marine-Terrace* en que pasó los cuatro años más tristes de su vida, se alquila hoy por años ó por temporadas para los baños de mar. El año pasado la arrendó una señora francesa de las cercanías de Tours, habiendo elegido para ella el cuarto con dos ventanas, que da al mar, y donde Víctor Hugo tenía su lecho.

—He dormido en él,—decía el gran poeta,—un sueño infantil, merecido por el viento del mar.

En la puerta de este cuarto había trazado con su hermosa y lapidaria letra, las siguientes palabras en forma triangular:

Lux.

Spes.

Pax.

y firmado: *Victor Hugo, 10 de Mayo de 1835.*

No se sabe quién ha echado sobre tan precioso autógrafo una capa de pintura blanca; pero la pluma ó el cuchillo de Victor Hugo había herido tan profundamente la madera de la puerta, que la divisa y el nombre reaparecen muy legibles bajo la capa del color.

Aun existe en la casa, á un extremo del invernadero de la *vinery*, tapizada de cepas con grandes racimos colgantes, una fuente de granito que Víctor Hugo había hecho construir allí, con un chorro de agua que ha desaparecido ya. No subsiste en la actualidad más que la pila de granito.

A dos pasos del invernadero se halla la terraza que da sobre el mar, y que ofrece un golpe de vista mágico y encantador.

Cuando Víctor Hugo llegó á Jersey, su médico le dió á entender que podía hallarse afectado de una afección al corazón. La noticia llenó de sorpresa al poeta. Victor Hugo admite que se muera; pero no comprende que se esté enfermo. Cree en el poder supremo de la voluntad sobre los padecimientos físicos, como en la absoluta soberanía de la luz y de la instrucción sobre los males morales. El poeta preguntó al médico lo que era preciso evitar, sobre todo en las enfermedades del corazón.

—La fatiga extraordinaria,—contestó el médico—el ejercicio muy prolongado.

—¡Perfectamente!—exclamó Víctor Hugo.

Buscó un alquilador de caballos y se lanzó diariamente al trote por aquella inmensa playa,

donde el viento salado azotaba sus cabellos y su barba, que se había dejado crecer desde los comienzos de su destierro.

—Si tengo una enfermedad del corazón,—decía,—pronto lo veremos, ya que la fatiga es perjudicial y puede ocasionarme la muerte; si no la tengo, lo sabré también, y entonces todo redundará en beneficio mío.

Cuando llegó á Jersey estaba sumamente pálido, pero á los cincuenta años se convirtió en ese robusto trabajador, en ese infatigable obrero, en ese coloso que debía ser á los ochenta y un años y pico el anciano fuerte y vigoroso como un joven á quien todo el mundo conoce.

A aquel violento ejercicio de equitación por la playa, es á lo que atribuye Victor Hugo el excelente estado de salud de que disfruta, así como á la costumbre adquirida en Jersey de beber alquitran, de *carenarse* interiormente, como él dice.

Un antiguo oficial del ejército inglés, Mr. Rose, propietario de la casa en que habitó Víctor Hugo, conserva la mesita de madera en que escribió el gran poeta *Los Castigos*.

Forma parte dicho mueble de un original museo, donde figuran multitud de curiosos objetos, recogidos en sus viajes, *wiehnuses* y budhas de la India, flechas de las islas Sandwich, balas de Sebastopol, y colecciones de historia natural y de mineralogía.

Esta mesa, sobre la cual ha evocado Víctor Hugo sus ideas, ha tenido que protegerla su propietario de la curiosidad fanática de los franceses que la desmenuzan con sus cuchillos para llevarse fragmentos de ella. Quizá los visitantes ingleses hacían lo mismo.

Sea como fuere, hoy se halla cubierta con un tapiz verde esa mesa que ya tiene un carácter histórico, y á la cual está prohibido tocar en absoluto.

Francisco Víctor Hugo, hijo del insigne poeta, ha descrito en su libro *Normandía ignorada* la salida de Víctor Hugo de *Marine-Terrace*, despues de haber vivido cuatro años en ella.

Era el 31 de Octubre de 1855. Al amanecer antes de que el cañon del fuerte *Elisabeth* anunciara á los habitantes de Jersey la llegada del día, mientras estaba cayendo menudísima lluvia, Víctor Hugo recorrió á pié con su hijo, el camino que conduce de *Marine-Terrace* al puerto Victoria. La esposa del poeta, Carlos Hugo, su hermana y Augusto Vacquerie debían juntarse con él dos días despues. El vapor *The Dispath* calentaba la caldera; y el viento Noroeste que soplabá con alguna fuerza, anunciaba que muy pronto iba á sacudir la embarcación terriblemente.

«Una ola, de mayor altura que las demás, dice, Francisco Víctor Hugo, llegó hasta nosotros con tanta fuerza; que me arrojó sobre mi padre, que me abrazó tiernamente. No sé,—añade,—si en aquel beso había otra cosa distinta de la ternura.»

Muy pronto desapareció en el horizonte la isla de Jersey—«esa heroica tabla de salvación que ha recogido los naufragos de tantas tormentas»—y en el acto de querer desembarcar Víctor Hugo, en la antigua rada de San Pedro, ocurrió un suceso que pudo ser terrible. Quizá la tal maniobra no sea ya necesaria, pero entonces los vapores se detenían en las radas, y las barcas de los pescadores del puerto iban al buque á recoger á los viajeros y llevarlos á tierra.

Víctor Hugo quería llevar consigo una pesada maleta que contenía sus manuscritos, y de la cual no se apartaba jamás. Allí había los antiguos manuscritos de las *Orientales*, de las *Hojas de Otoño*, y los muchos más recientes de *Los trabajadores del mar*, ilustrados por él mismo. Contenia también la maleta muchos trabajos inéditos aún, entre ellos *El hombre y los gemelos*.

Saltar una barca con la preciosa maleta, y en tiempo tempestuoso, era exponerse á ver las *Contemplaciones* inéditas, y *Los Miserables*, completamente desconocidos todavía, arrebatados por el mar.

Aquello era una reminiscencia del suceso tradicional del naufrago Camoens, sosteniendo con una mano por encima del agua, su manuscrito de las *Lusiadas*. Víctor Hugo confió,—como dice su hijo,—veinte años de trabajo á una cáscara de nuez. ¡Toda una biblioteca inédita que una impertinente ola podía proporcionar al público poco literario del Océano!

Pero volvamos á la isla de Jersey, donde escribió el gran poeta *Los Castigos*.

Cuando esta obra se publicó, una gran escritora, Mme. Girardin, hizo el viaje desde Francia á Jersey, expresamente para visitar á Víctor Hugo.

Pasó unos días en *Marine-Terrace* é importó á la isla una manía, entonces muy generalizada; la manía del magnetismo y de las mesas giratorias.

Mme. Girardin tenía pasión por los espíritus golpeadores, pasaba gran parte del tiempo con Víctor Hugo y sus hijos, haciendo girar mesas y sombreros.

La distinguida escritora, al despedirse de Víctor Hugo para volver á París, le pidió un ejemplar de *Los Castigos* para una bellísima jóven de la aristocracia española, que sentía admiración hacia Víctor Hugo, desde que niña aún iba con

su hermana, la futura duquesa del Alba, á casa del mismo poeta que vivía en la plaza Real, á cantar la música de Mlle. Bertin en los coros de la *Esmeralda*.

Aquella jóven era la señorita de Montijo.

La tal dama, á la sazón, no era todavía novia del emperador, aunque éste le hacía ya la corte, y ella había contestado la famosa frase: ¡O *todo* ó *nada*!

Ahora bien; Mme. de Girardin había oído asegurar que la señorita Montijo podía llegar á ser muy pronto esposa de Napoleón III.

Así es que, al volver á París, preguntó á la señorita de Montijo:

—¿Conoceis *Los castigos*?

No; pero he oído hablar mucho de ellos y me gustaría leerlos.

—Aquí los teneis,—dijo la insigne escritora.—Los he traído para vos, y os los presto. Pero dudo que despues de haberlos leído consintais en casaros con el hombre á quien Víctor Hugo ha llamado Napoleón el Pequeño.

—No importa; exclamó la señorita de Montijo.—Prestadme *Los castigos*.

La hermosa dama se llevó el libro invirtió la noche en leerlo y se lo devolvió al día siguiente á Mme. Girardin.

—La parte poética es admirable,—dijo,—y los versos son soberbios, aunque violentos; pero si me encanta Víctor Hugo, amo á Napoleón Bonaparte. Sí; es bueno, le amo y me casaré con él.

En su biblioteca particular tenía la señorita de Montijo, convertida en emperatriz, las obras de Víctor Hugo, lujosamente encuadernadas y firmadas de su puño y letra con el nombre de *Eugenia*.

JULIO CLARETE.

LOS ANIMALES COMO DOCTORES

(Conclusion)

En efecto, el hombre puede tomar lecciones de higiene de los animales inferiores. Los animales se libran de los parásitos sirviéndoles para ello de intermedio el polvo, el barro, la arcilla; etc. Los que sufren de fiebre restringen su régimen de alimentación, se mantienen tranquilos, buscan la oscuridad y los lugares ventilados, beben agua y algunas veces se sumergen en ella.

Cuando un perro ha perdido el apetito como pasto de la clase conocida bajo el nombre de pasto perruno (*chiendent*) que obra como emético y purgante. Los gatos también comen pastos.

Las ovejas y las vacas, cuando están enfermas, buscan ciertas yerbas.

Cuando los perros están constipados comen





UN ESCÁNDALO PARISIEN.—SARAH BERNHARDT

con avidez sustancias grasas, como aceite y mantequilla, hasta que se sienten purgados. La misma cosa se observa en los caballos.

Un animal que sufre de reumatismo crónico se mantiene siempre, en cuanto le es posible, al sol.

Las belicosas hormigas han organizado regularmente sus ambulancias. Latreille cortó los cuernecillos de una hormiga, y otras hormigas vinieron y cubrieron la parte herida de un fluido trasparente que se vió despedian por la boca.

Si un orangután es herido, se le verá contener la hemorragia colocando su mano en la herida ó curándola por medio de la colocacion de hojas y yerbas.

Y así, cientos de especies ménos conocidas, que muchas veces han guiado al hombre en el descubrimiento de medicina.

Casi todos los descubrimientos de aguas minerales se deben á los animales.

Su maravilloso instinto debe servir en ocasiones de guía para el estudioso y el científico.

SECCION CIENTIFICA

Los aceites secantes.

Mr. Livache ha comunicado á la Academia de Ciencias el resultado de curiosas investigaciones que ha hecho en los aceites secantes. Al solidificarse los aceites en contacto del aire, absorben cierta cantidad de oxígeno; pero se puede por medio de diversos procedimientos activar esta absorcion, y, por lo tanto, la solidificacion del aceite, haciéndole *secante*. La sustancia generalmente empleada con este objeto es el litargirio, que es una sal de plomo; y para hacerlo más activo, algunos industriales agregan el borato de manganeso. Esto ha dado la idea á Mr. Livache de sustituir completamente el manganeso al plomo, y ha llegado á los resultados que deseaba por medio de una operacion especial. Si se extiende una capa de aceite con base de plomo sobre una hoja de cristal, se seca en veinticuatro horas, y sustituyendo el manganeso al plomo, el aceite colocado en las mismas condiciones se seca completamente en cinco ó seis horas.

Este resultado, sin embargo, se obtiene únicamente tratándose de una capa ó mano muy delgada; pues si se desea producir la solidificacion de una capa espesa, la operacion exige meses enteros á la temperatura ordinaria. En varias industrias importantes, se han hecho útiles aplicaciones con los aceites así solidificados; mas hasta la fecha habia uno de estos dos inconvenientes para fabricarlos: ó habia que exponerlos

al aire en capas delgadas y repetir la operacion hasta un espesor suficiente, ó emplear agentes químicos que alteraban la naturaleza del producto. Mr. Livache ha conseguido obtener estos aceites solidificados en masa, en un tiempo relativamente corto y sin adición á sustancias extrañas.

Para esto aumenta momentáneamente la fluidez del aceite con base de manganeso, agregándole un poco de bencina; se agita la mezcla con aire en una vasija cerrada y á un calor suave, para que no escape la bencina. Es preciso renovar el aire varias veces, porque el aceite absorbe una cantidad considerable de oxígeno; y esta es la condicion precisa de la solidificacion en cuanto se haya evaporado la bencina. Una simple destilacion basta para esto, y queda un producto que al enfriarse se apelmaza en un cuerpo sólido, bien seco, muy elástico y completamente insoluble en el agua. Son estas cualidades preciosas, y que harán que dentro de poco se generalice el uso de este aceite en las industrias modernas.

Cuadro de velocidades.

El bibliotecario de la Sociedad geográfica de París, ha tenido la feliz idea de formar un cuadro de las diversas velocidades expresadas en metros por segundo. Es costumbre decir, que un buque marche tantos nudos por hora; que Júpiter gire alrededor del sol en tantos años; que la luz recorra tantos kilómetros por segundo; pero todas estas apreciaciones no nos dan en realidad, ninguna idea precisa de la relacion existente entre las velocidades que se indican. Este vacío queda ya lleno por los cuadros de Mr. J. Jackson. La menor velocidad que cuenta, es la de un hombre que vá al paso, marchando en razon de 4 kilómetros por hora, ó sea 1,11 metros por segundo.

No pudiendo enumerar las distintas cifras de ese cuadro, nos limitaremos á indicar las más importantes.

De 1 á 10 metros vemos ya, cosa imprevista, un cuerpo celeste, el cometa de Halley en su afelio; es decir, cuando está á mayor distancia del sol. Despues siguen el viento ordinario, los buques que andan 15 nudos, las olas del mar.

De 10 á 100 metros: los buques torpedos con velocidad de 21 nudos, los animales de marcha rápida, tales como el caballo, la paloma, el huracán, la velocidad de las sensaciones en los nervios del hombre, etc.

De 100 á 1.000: la velocidad de un punto del Ecuador de los planetas pequeños, comprendida la tierra y la de una bala de cañón.

De 1.000 á 10.000 se hallan las velocidades en los cuerpos celestes, los de muchos satélites y tambien los movimientos de Neptuno, y el come

ta de Halley en su perihelio, que llega á 400.000 metros por segundo.

Si avanzamos más todavía, encontramos la velocidad de la electricidad que marcha diez veces más aprisa que el cometa de Halley, ó sea á razon de cuatro millones de metros; y, por fin, la luz, cuya velocidad es de 300 millones por segundo.

La Sacculina

Así se llama un parásito que se fija en la cola de algunos cangrejos de mar en forma de saco y cuyas migraciones, trasformaciones y establecimiento definitivo en el cuerpo del crustáceo, no han sido descubiertos hasta hace poco, revelando un hecho de que no hay ejemplo. La *sacculina* produce una descendencia que aparece desde luego bajo forma de un *odius* y despues reviste la de un *cypris*.

Cuatro días despues de su trasformacion en *cypris*, el parásito se suspende por una de sus antenas á un pelo del cangrejo en el comienzo de la vida de éste, cuando su tamaño no pasa de un milímetro. En esta posicion el *cypris* pierde sus piés y de la cicatriz sale un aguijon que se dirige hácia la base del pelo, buscando la parte de la piel que rodea este apéndice.

El aguijon es un cilindro hueco que atraviesa la piel, y por el tubo interior la masa del cuerpo del parásito baja poco á poco y se aloja dentro del crustáceo; despues produce exteriormente una hérnia, de modo que presenta la forma de la *sacculina*, que viene á ser, en resúmen, el órgano reproductor del parásito.

DOCTOR HERMRS.

DE TODO UN POCO.

El tiempo nos ha impedido prestar á la última semana la atencion que requeria.

Perdonable nos parece esta falta, porque con este frio, el amor de la lumbre, se nos antoja el amor de los amores.

Sentados en la chimenea supimos algunas cosas buenas.

Por de pronto, que la *Cola del gato* es un espectáculo á propósito para las niñas, y que ha de dar grandes rendimientos á la empresa.

Luego que la hermosísima señorita Calderon, mejor mujer que actriz, tuvo un ligero quebranto en su salud, por lo cual, la señora Lujan, hubo de encargarse de su papel, conquistando nutridos aplausos.

Esa jóven actriz vale mucho, y su porvenir es muy halagüeño.

Lo del Real lo presumíamos.

Se cantaba *Semiramis*.

Todo iba á gusto de la concurrencia, cuando de repente un telon agarra la cola de la protagonista, y la hace caer, causándole la ligera dislocacion de un pié.

Hemos sabido que la Theodorini se ha curado bien de su herida, lo cual ha llenado de gozo á sus admiradores.

En breve cantará *Luisa Miller* con Massini.

La temperatura ha enfriado el amor de los amantes callejeros.

¿Quién resiste dos horas en mitad de la calle, esperando que su beldad aparezca en el balcon? Sólo algunas afortunadas y valerosas amantes, logran ese triunfo.

Pero, ¿qué se dirán en tales circunstancias?

¿Será inmenso su amor?

No lo creemos, á pesar de los versos:

«Témpanos en derredor,

Y en tu pecho y en el mio

El fuego del Ecuador.»

Nada tan á propósito para la estacion, como *El Capitan Centellas*.

La gente le esperaba con ánsia para que le hiciera olvidar por un instante el frio del Guadarrama.

Más, se ha dado el caso de que el susodicho capitán es un soso de primera calidad.

Los alabarderos de Apolo han intentado en vano demostrar lo contrario.

La música es fria, el libro insulso, la ejecucion inferior á la obra.

En fin, que no hubo tales centellas ni cosa parecida.

¿Van ustedes con frecuencia á oír *Fatinitzá*? Cuidado que está simpática la señora Montañés.

Cuidado que la sustituye bien la señora Castelló, que tiene unos ojos capaces de volver locos á todos los generales furiosos.

Para penetrar estas ideas no hay cosa mejor que vivir cerca del Circo de Price, y asistir á dicho teatro casi todas las noches.

Se ha inaugurado la Cárcel-Modelo.

Quiera Dios que sea este el principio de la reforma penitenciaria.

TARFE.

MADRID

Imp. de EL PROGRESO, Soldado, 1,
á cargo de B. Lanchares.

